

El papel de la educación y de la formación en la democracia local

Michel Hervé

En una comunidad de proporciones reducidas y alejada de las grandes concentraciones urbanas tal vez sea donde más puedan advertirse las limitaciones de los programas educativos en cuanto a proporcionar elementos para responder a las necesidades de la vida comunitaria. Michel Hervé, alcalde de Parthenay (Deux-Sèvres), a partir de su experiencia como gobernante local, considera que para posibilitar que el ciudadano sea emprendedor, activo, «actuador», a través de la democracia se le deben facilitar las condiciones para una cabal vinculación de interdependencia con su medio. Este artículo fue publicado originalmente en «Formación Profesional» No. 6, revista del CEDEFOP.

55

La reflexión de un representante local sobre la educación y la formación no puede hacerse sin una consideración previa sobre el sentido de la práctica democrática en la actualidad. De hecho, todo lo que está en juego ha de valorarse en un contexto sociopolítico nuevo.

La democracia, en sentido literal «gobierno del pueblo» se ejerce en la práctica mediante la reducción del colectivo a una representación individual encarnada en la elección del representante elegido. La cuestión moderna de

la democracia sería saber si el pueblo puede ejercer su gobierno sin necesidad de delegarlo en un representante elegido o, al menos, si puede, como propone el concepto de democracia participativa, delegarlo en un representante elegido de manera variable: variable en el espacio según el tema y variable en el tiempo según el efecto.

En Francia el alcalde, que es el representante elegido de una comunidad de intereses en un territorio local definido, el municipio, y por un pe-

En menos de medio siglo, el entorno en el que se ejercían las múltiples funciones de la vida cotidiana –trabajo, consumo, ocio, educación, comunicación, etc.– ha experimentado tal expansión espacial que el municipio ha perdido todo su sentido como lugar global de los intercambios cotidianos

56

río fijo de seis años, se enfrenta a este importante interrogante.

Sabe que ya no puede encarnar a una población que no es homogénea en sus aspiraciones, ni siquiera en sus vínculos. En menos de medio siglo, el entorno en el que se ejercían las múltiples funciones de la vida cotidiana –trabajo, consumo, ocio, educación, comunicación, etc.– ha experimentado tal expansión espacial que el municipio ha perdido todo su sentido como lugar global de los intercambios cotidianos. Ciertamente, una redefinición del espacio a la medida de los medios de comunicación de nuestro tiempo nos llevan a encontrar un nuevo lugar global homogéneo de intercambios. Pero la evolución científica y tecnológica es demasiado rápida para que podamos sustituir un espacio-tiempo definido por la velocidad del caballo por uno determinado por la velocidad del automóvil o del tren de alta velocidad, mientras que nuestra vida cotidiana se encuentra ya configurada por la transmisión de la información a través de las ondas hertzianas o de la fibra óptica.

La frontera entre lo local y lo global es demasiado inestable e imprecisa para que el representante local pue-

da asumir la representación de un colectivo de ciudadanos en sus relaciones con los demás niveles de representación política. En tanto que esta función electiva no ha evolucionado desde hace más de un siglo en lo que respecta a su perfil ni a sus prerrogativas, se enfrenta a la necesaria evolución del papel del representante en sí, incluso al cuestionamiento de su propia existencia, si se quiere que la palabra democracia conserve su acepción primera.

Es en este contexto existencial donde puede tener sentido la reflexión de un alcalde acerca de la educación y la formación en una democracia local. Se trata, por lo demás, de una reflexión epistemológica y, por tanto, sin pretensión de ejemplaridad.

Para mí, el alcalde de Parthenay, núcleo de 11.300 habitantes situado en el corazón de una comarca rural de 45.000 habitantes, la prioridad y la urgencia corresponden a la tarea de educar y formar a los individuos para que se conviertan en miembros de la ciudad de su tiempo, en una palabra, en «ciudadanos de hoy».

Nunca ha tenido el individuo tantas oportunidades de escapar de la dependencia de un orden trascendental, dada la suma de conocimientos y herramientas tecnológicas que le ofrece su entorno o, por lo menos, la concentración de materias, energías e información que puede obtener del mismo. A las puertas del siglo XXI, me-

nos ligado al estado de la naturaleza, es más hacedor de la historia, más creador del mundo y, por ello, más dependiente de los artefactos humanos, pero también más interdependiente de los demás.

Mi preocupación no es tanto saber si la educación tiene por objeto favorecer la «inmanencia activa» del ser o bien si sigue encerrando al individuo en una «trascendencia» con un fundamento ético preestablecido, sino más bien conseguir que el ciudadano sea consciente de las interacciones, de los vínculos de interdependencia que genera con el ejercicio mismo de su poder creador personal, cada día más fuerte, sobre la naturaleza y sobre los demás.

Ciudadano de la ciudad, actuador en la ciudad, debe encontrar el punto de armonía entre su propia pulsión creadora y la de sus conciudadanos. En una palabra: debe responsabilizarse. En esta búsqueda de equilibrio, la puesta en relación, la comunicación, la retroinformación se revisten de una importancia esencial.

El papel de un alcalde pasa a ser entonces el de un facilitador de comunicación, el de un mediador más que actor, ya que su propio cometido de representante elegido le inviste de un poder centuplicado respecto del ciudadano de base, con la necesidad consiguiente de una autolimitación y de una responsabilidad reforzada.

En términos claros, el fundamento educativo respecto al ciudadano consiste en responsabilizarle para inducirle a la búsqueda de la armonía en la ciudad. El análisis posterior de los mecanismos educativos que conducen a esta finalidad sería materia de especialistas si no hubiera un corolario evidente: no se adquiere conciencia del vínculo de interdependencia con el medio circundante sino por el acto que perturba el equilibrio en el seno de dicho medio.

Como consecuencia, para responsabilizar al ciudadano hay que ayudarle a que emprenda, a que sea activo, actuador en la ciudad. En este juego, la democracia consiste en facilitar las condiciones que le permitan emprender, con objeto de que pueda comprender los vínculos de interdependencia con su medio, a fin de aprender a limitar su propio poder de actuación.

Quizás pudiésemos prescindir de nuestra propia experiencia activa si aceptáramos la creencia en la teoría confirmada por la experiencia de los demás, pero ésta sólo tiene validez en relación con su contexto y todos sa-

El fundamento educativo respecto al ciudadano consiste en responsabilizarle para inducirle a la búsqueda de la armonía en la ciudad. El análisis posterior de los mecanismos educativos que conducen a esta finalidad sería materia de especialistas si no hubiera un corolario evidente: no se adquiere conciencia del vínculo de interdependencia con el medio circundante sino por el acto que perturba el equilibrio en el seno de dicho medio

bemos que este contexto evoluciona cada vez más rápidamente.

A partir de este hecho, el campo abierto a la acción educativa se hace inconmensurable: es multidimensional en sus funciones, abarca todos los aspectos de la vida, tiene en cuenta todas las dimensiones del tiempo (la historia, el presente, el futuro). Este nuevo lugar dentro del campo social impone la reforma de las costumbres educativas en torno a dos «evidencias»:

**Primera evidencia:
eliminar los
compartimientos
estancos del campo
de la enseñanza**

58

Los ámbitos de la enseñanza de los programas escolares son extremadamente limitados en relación con las múltiples necesidades de la vida en armonía en la ciudad. Como ejemplo, mi primera intrusión como alcalde en el campo educativo fue la creación de cursos municipales de educación viaria como complemento a la enseñanza primaria, partiendo del principio de que la responsabilidad del conductor es una realidad ineludible de la ciudad moderna y de que el número de muertos y heridos cada año en Europa acredita su grado de urgencia.

Un tema más general: ¿qué se enseña sobre la salud en la mayoría de

los casos? A lo sumo, un poco de higiene y de dietética; nada sobre medicina que permita hacer las preguntas adecuadas a los especialistas. ¿Y sobre el medio ambiente, sobre la ordenación del territorio? ¿Dónde se enseña la cultura de la imagen que evitaría la manipulación a través de la misma? ¿Cuándo se trata la economía en la escuela, aun cuando estamos íntimamente moldeados por su pensamiento? ¿Quién recibe instrucción sobre las técnicas, los procesos de producción de los objetos que nos rodean en nuestra vida cotidiana? El

Los ámbitos de la enseñanza de los programas escolares son extremadamente limitados en relación con las múltiples necesidades de la vida en armonía en la ciudad

consumo, el derecho, la arquitectura, la estrategia, la sociología, la psicología, la ética, la epistemología, la antropología, la historia de las ideas, de los mitos, las creencias, las ciencias, ¿tienen carta de ciudadanía para todos en la escuela?

No, son materia de especialistas, aun cuando contribuyen, de forma fundamental, a la vida de la ciudad.

**Segunda evidencia:
aprender a aprender**

El volumen de conocimientos aumenta tan rápidamente y se renueva tanto que el objetivo no puede ser aprender tal masa de datos o de conceptos; tenemos que aprender a gestionar el saber, a estar al acecho de las fuentes potenciales. Por tanto, la educación debería aportar no tanto co-

nocimientos factuales como métodos de apropiación del saber.

El ciudadano necesita poseer los métodos para acceder a la información, escogerla, movilizarla con pleno conocimiento, evaluar su pertinencia. Necesita adquirir ciertas actitudes: curiosidad, espíritu crítico, conocimiento de sí mismo. Para emprender, para innovar, para actuar de otro modo, necesita aceptar la diferencia, ser minoritario, incluso marginal, revisar sus criterios. Necesita, para vivir en un mundo cambiante, relativizar las referencias, ampliar el espacio, profundizar su relación con el tiempo.

El ciudadano debe aprender a superar los razonamientos lineales, apelar a los análisis recurrentes, a enfoques multidimensionales de tipo analógico, a desarrollar su capacidad intuitiva. Debe gestionar las contradicciones, las paradojas, los conflictos. Deber dar prioridad a la dinámica del proceso más que a la finalidad y considerar esta última como absolutamente provisional.

En este tipo de formación, el juego, por su capacidad de simulación, de modelización, tiene una importancia preponderante. Por ello Parthenay creó el primer Festival lúdico de Europa hace ya diez años y nosotros difundimos el espíritu del juego entre todos los sectores de la ciudad. Del mismo modo, la constitución de una red de intercambio recíproco de co-

nocimientos, gracias a su proceso interactivo, ha facilitado la adquisición duradera de conocimientos, no tanto porque el ciudadano aprenda de los demás, sino porque enseña a los demás.

La evolución de las ciencias y de las técnicas, el advenimiento de las nuevas tecnologías de comunicación, la utilización de la información para optimizar los procesos de acción, los choques culturales, demográficos, ecológicos, la autotransformación conceptual del hombre en cuanto a su identidad y a su lugar, no obligan a abandonar el modelo que reconoce la escuela como lugar único de educación y la infancia como el momento por excelencia para la misma.

Para hacernos participantes responsables de un mundo en desarrollo, tenemos que diversificar los lugares de educación, prolongar la formación a los largo de la vida y hacer de la ciudad el lugar y el vínculo privilegiados de los procesos de aprendizaje.

En este contexto, la profundización de la democracia, que elimina la jerarquía y la especialización en los centros de decisión, de acción y de creación, no puede sino aumentar las necesidades individuales y colectivas en este ámbito.

El representante elegido, enfrentado a esta doble exigencia de formación y de democracia, se convierte por

necesidad en el organizador de una vasta ágora educativa cuyo alcance es el territorio del que ha recibido su mandato. Su tarea es inducir al ciudadano a sentirse implicado, infundirle el deseo de aprender, estimular el esfuerzo, multiplicar la potencialidad

crítica, suscitar nuevas referencias. Al final del camino, una forma nueva y generalizada de educación, la auto-didáctica, debería tomar el relevo de la escuela y debería aparecer un nuevo ciudadano: un ser responsable y filosófico.